

IV

LA CRUZ DE HIERRO.

(EN LA CIMA DEL BORREGO.)

“¡Enseña de perdón, cruz protectora,
Sobre campos de muerte levantada,
De una vida inmortal prenda sagrada
Álzate de los siglos vencedora!

“Si eres de la tormenta destructora
Y del fuego celeste respetada,
¿Seráslo, acaso, de la turba airada
Que niega á Cristo y su bondad no implora?”

Así, depuesto el victorioso acero,
Al enclavarte con piadosa mano,
Supo pedirlo á Dios soldado austero.

Y aquí serás contra el orgullo humano,
Signo de eterna paz para el guerrero,
De eterna salvación para el cristiano.

MANUEL DIAZ MIRON.

I

VERACRUZ.

¡Es mi patria..... Vedla allí!
ANÓNIMO.

Bañada por las olas atlánticas se eleva
Do hallábanse en un tiempo las ventas de Buitrón,
Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva
Su historia y sus desdichas, su gloria y su blasón.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones
Que el genio condujera del célebre Cortés,
Y alaron de Castilla los regios pabellones
Allí donde las olas bañando están sus pies.

Y allí, por vez primera, las playas solitarias
Oyeron, inundadas de blanca y suave luz,
Que al Dios de los cristianos se alzaban mil plegarias
Desde una tienda humilde, en torno de una cruz.

¡Cuán linda, cuán risueña, ceñida de dos mares,
Se muestra á los guerreros la tierra de Colón!
¡Cuán bellos sus palacios, sus templos, sus aduares,
Los cerros y *teocallis* do rinde su oblación!

Allá sobre su lecho de flores y espadañas,
En ricos almohadones de grana, á la oriental,
De lagos circundada, de valles y montañas,
América inclinaba su seno virginal.

Mas ¡ay! que sus volcanes de nieve coronados
El paso no cerraron al ávido invasor,
Y en danzas y festejos, sus hijos descuidados
No oyeron de las armas iberas el rumor.

Hermosa se ostentaba y rica y noble un día,
Bajo ese ardiente cielo, la ilustre Veracruz:
Su nombre revelaban, su fama y su valía,
Sus puentes y castillos ornados de la cruz.

Y allá dentro su alcázar sus armas adornaban
El pórtico, la lonja y el gótico artesón,
Y en medio de sus plazas sus hijos saludaban
Con júbilo indecible su escudo y su pendón.

Dos veces el incendio devora sus hogares
Y ciñe con sus alas ardientes la ciudad:
Dos veces los piratas profanan sus altares
Y dejan en su seno la muerte y la orfandad.

Más bella, empero, luego se alzó la noble villa
Y templos y palacios de múcar erigió:
Sus nobles hechos luego lavaron su mancilla;
La gloria de sus hijos sus timbres ilustró.

Allí está la primera ciudad del continente:
Allí la hermosa joya del cetro colonial:
Las glorias de un imperio pasaron por su frente:
Pasaron sus caciques, su pompa virreinal!

En láminas de piedra escrita está su historia:
Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
Borró de sus señores y dueños la memoria,
Y aquí sobre la arena —"pasaron"— escribió.

Contáronme, de niño, que su oro y su ventura
Doquiera derramaba la villa generosa:

Que en juras y corridas brillaba su hermosura;
Sultana de las olas, que, erguida y orgullosa,
Mostraba en los festines su regia vestidura!

Contáronme que un tiempo su escudo saludaban
Las naves españolas que el puerto guarnecían:
Contáronme que un tiempo sus bandos acataban:
Que pecho y homenaje los nobles le debían:
Que reyes y vasallos sus fueros respetaban.

Y acaso en larga noche de invierno me contaron,
Con voz triste y solemne, sus viejas tradiciones.
Sus cuentos populares, de niño, me arrullaron;
Y en tanto que bramaban los recios aquilones,
A leer sobre su arena su historia me enseñaron.

Su frente, en otro tiempo, la villa coronaba
En juras y corridas, con oro y pedrería:
Su larga servidumbre con fiestas olvidaba:
Esclava que en su lecho de múcar sonreía
En tanto que á sus ojos la lágrima asomaba!

Rompió luego en las lides su yugo y su cadena:
De dueños y señores triunfó por su bravura;
Y libre, sus pendones alzando como buena,
Guerrera victoriosa, mostraba su hermosura,
Y, altiva, levantaba su frente de la arena.

Cubrió sus pardas sienas de lauros inmortales:
Ulúa ante sus armas triunfante se humilló:
De gloria se cubrieron su nombre y sus anales,
Que al pie de sus cañones, rodeada de sus leales,
El rango de los héroes la villa conquistó.

Oyó de la discordia, después, los alaridos:
Oyó de la lisonja maligna los consejos:

Su seno destrozaron rencores y partidos:
Tornáronse en combates sangrientos sus festejos
Y el ruido de las armas oyóse en sus ejidos.

Miró sus ricas joyas la Francia codiciosa,
Y al Golfo mexicano sus naves dirigió.
Alzóse entre sus muros, airada y animosa,
La virgen de las olas, la villa valerosa,
Y al galo en sus arenas ardientes combatió.

Mas ¡ay! que osada turba de viles invasores
Llegara á sus riberas en triste, aciago día.
Cayeron bajo el hacha sus bravos defensores:
La muerte ó el incendio, sus plazas recorría
Al hurra que lanzaban los tercios vencedores.

Y es voz que, á sus acentos, airados levantaron
Sus ricos fundadores las frentes enterradas:
Que al pie del roto muro de múcar se sentaron,
O, al brillo del incendio, las calles asoladas,
Postrados en la arena sangrienta, contemplaron.

De propios y de extraños la sangre ha salpicado
Sus campos y heredades, su alcázar y sus templos:
La muerte sus guerreros mil veces ha diezclado:
De arrojo y de bravura recuerdan mil ejemplos
Sus páginas de piedra que el tiempo ha respetado.

El polvo de los siglos las regias tradiciones
Borrando va en la bella ciudad ennoblecida:
Rompieron los extraños su cetro y sus pendones,
Y fábula creyeron su gloria ya perdida,
Y fábulas tan sólo su fama y sus blasones.

En torno de sus ruinas, matrona fatigada,
Ya inclina sobre el polvo la frente, con dolor:

Sin toca la cabeza, la faz ensangrentada,
Aquella en otro tiempo cual reina saludada
No tiene ya festines, ni cánticos de amor.

Pasó, como su gloria, su espléndida belleza,
Y el sol que iluminaba su regia bacanal
Alumbra hora tan sólo su duelo, su tristeza,
Que fueron sólo un sueño de gloria y de grandeza
Su pompa y sus festejos, su fausto sin rival.

Un sueño. . . mas el sueño fugaz de la ventura:
Delirio de una joven que reina se soñó,
Y al verse en el espejo la regia vestidura,
¡Ay! vió que marchitaba su joven hermosura,
Y al suelo sus pendientes, sus galas, arrojó.

¿Do está la grey modesta que oraba en sus altares,
En medio de una tienda, en torno de una cruz?
¿Do están los que fundaron su alcázar y sus lares,
Aquellos que en palacios trocaron sus aduares
Y, ufanos, la llamaron "la Nueva Veracruz?"

Pasaron ya. — Del tiempo severo las lecciones
Las piedras carcomidas mostrando están doquier.
La tierra es ancha tumba de pueblos y naciones.
El soplo de los siglos arrastra sus padrones
Y torna en polvo estéril su gloria y su poder.

Allí está la primera ciudad del continente:
Allí la rica joya del cetro colonial:
Las glorias de un imperio pasaron por su frente;
Pasaron sus caciques, su pompa virreinal. . . !

Allí la que ha brillado, temida y respetada
En lides y consejos, en ciencia y en valor:

Allí la noble villa de torres coronada
Que alzaba en los festines sus cánticos de amor.

Allí la noble cuna de sabios y guerreros;
Allí la renombrada, marítima ciudad
Que su oro, su corona, sus títulos y fueros
Trocara por la hermosa, la santa libertad.

En láminas de piedra escrita está su historia:
Sus dioses y caciques con polvo ya cubrió:
Borró de sus señores y dueños la memoria,
Y aquí sobre la arena — "pasaron" — escribió.

Inspírame y escucha: que mi alma al contemplarte
Rebose en elevada, sublime inspiración:
Que pueda con mis cantos ¡oh patria! consolarte,
En tanto que en tu seno rebrama el aquilón.

Acuérdate que, niño, jugaba en tus riberas:
Que siempre en tu defensa las armas empuñé:
Acuérdate que siempre, con trovas lastimeras
O cánticos alegres, tu nombre saludé.

¡Oh patria! no me olvides. Si doblo mi cabeza
Y caigo sobre el polvo que piso con dolor,
Recuerda que he cantado tu gloria y tu belleza,
Que debes á mi tumba. . . . siquiera alguna flor. . . .

II

FRAGMENTOS DEL POEMA "DON FERNANDO."

I

"¿Quién es ése que, osado, desde el suelo
Ante el humano tribunal me llama?
¿Quién es aquése que maldice al cielo,
Que así me juzga y contra mí reclama?
¿Quién es el loco que, en su loco anhelo,
Airado contra mí blasfema y clama?
¿Quién es ese gusano de la tierra
Que excita contra mí odios y guerra?"

Frenético se vuelve, el rostro airado,
Porque padece, contra mí, el impío,
Y con las propias armas que le he dado,
Pretende herirme en su furor sombrío.
De mi existencia duda el desdichado;
Duda y no ve, en su extraño desvarío,
Que mientras más me niega, más me afirma;
Que con su propio ser, mi ser confirma.

¿Quién le dió esa razón que me condena
Y el tribunal á que me cita, impía?
¿Quién rompió con su sangre la cadena
Que el yugo del pecado le imponía?
¿No le hice libre y consolé en su pena,
Con la promesa de la gloria mía?
¿No he venido del cieno á levantarle
Y hasta mi excelsa majestad á alzarle?"

Bajo su imperio coloqué la tierra;
Cuanto en ella formé le pertenece;

Cuanto de dicha y de ventura encierra,
 Cuanto la hace fecunda y la embellece.
 El hombre, empero, en implacable guerra
 Contra mí, me desprecia ó me escarnece:
 Duda de mi razón y mi pureza:
 Mide por su estatura mi grandeza!

¿Quién pudo darle, sino yo, la vida?
 ¿Quién pudo dar tan elevado vuelo
 A la humana razón, que huye, perdida
 Entre tinieblas, de su patria, el cielo?
 Le dí libre albedrío y en su suelo
 Puse la dicha y cuanto al bien convida.
 El bien es esencial y positivo;
 El mal accidental y negativo.

¿De qué me culpará? Porque ha pisado
 Los abrojos del mal me llama injusto?
 ¿Porque eligió la senda del pecado
 No he de ser grande, poderoso y justo?
 ¿El bien no le ofrecí? ¿No le he llamado?
 ¿Le volví, por ventura, el rostro adusto?
 ¿Por qué cayó en tribulación blasfema,
 Y así contra su autor, necio, se extrema?

¿De qué me culpareis? — Si en vuestro daño
 Convertís vuestro bien y en un tormento,
 ¿Por qué el mal me atribuíis y el desengaño
 Y contra mí lanzáis el pensamiento?
 ¿Por qué, si así corréis tras el engaño,
 A la verdad culpáis? — Porque un momento
 Perturbe el orden la criatura humana,
 Direis que el orden, mi obra, es cosa vana?

Os hice libres, porque os quise dignos
 De mi infinito amor y mi grandeza:

Puse en vosotros celestiales signos,
 La conciencia, el talento y la belleza.
 Si de mis dones abusáis, indignos;
 Si preferís el mal; si con fiereza
 Mis bienes despreciáis en ese suelo,
 ¿De quién la culpa? ¿Vuestra, ó de mi anhelo?

Sin entendimiento doy, ¿cómo pudiera
 Negar la libertad, que es su atributo?
 Sin ese entendimiento, dí, ¿no fuera
 Igual tu condición á la del bruto?
 ¿Quiere llegar, por eso, ya, altanera,
 Tu razón á la gloria que disfruto?
 ¿Quiere ser ella Dios? En su locura
 ¿Querrá que me convierta en criatura?

¿Y cómo todo lo que soy daría
 Sin anular yo mismo mi existencia?
 ¿Cómo en el hombre así vaciar podría
 Mi perfección, mi eternidad, mi ciencia?
 ¿No veis que en un momento suprimía
 Cuanto crió mi infinita inteligencia;
 Que al anularme, mi obra portentosa
 Se abismara en la nada tenebrosa?

O vuestro labio á la razón acusa
 La condición del bruto apeteciendo,
 O bien de la razón, osado, abusa
 Mi excelsitud el hombre pretendiendo.
 O mi palabra y protección rehusa
 Y se alza contra mí; ó bien, queriendo
 La perfección divina, hasta mi trono
 Voces lanza, frenético, de encono.

¿Por qué se atreve á rebelarse, díme,
 Contra su propia imperfección? — Ignora